

XIII Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia 2011
Universidad Nacional de Catamarca
10-13 de agosto de 2011

Número de la mesa: 46

Título de la mesa: Relaciones entre asociaciones intermedias y política, 1940-1960

Apellido y nombre de las/os coordinadores/as: Omar Acha y Nicolás Quiroga

Título de la ponencia: Catolicismo y peronismo: la zona gris

Apellido y nombre del/a autor/a: LIDA, Miranda

Pertenencia institucional: UCA/UTDT-CONICET

Documento de identidad: 21953930

Correo electrónico: lidamirand@gmail.com

Autorización para publicar: Sí

Catolicismo y peronismo: la zona gris

Miranda Lida (UCA/UTDT-CONICET)

A mediados de 1954 no había nada todavía capaz de predecir fehacientemente la tormenta que no tardaría en avecinarse entre el catolicismo y el peronismo. El 31 de mayo tenía lugar un impresionante y pintoresco desfile en honor a Pío X, que circuló desde el cruce de Avenida de Mayo y 9 de Julio —sitio habitual de las más grandes manifestaciones peronistas— hasta la Plaza de Mayo, con gran número de curiosos que se acercó a observar cómo marchaban distintas comunidades de inmigrantes luciendo sus trajes típicos, *sin generar el menor roce con el gobierno*¹. Lo mismo cabe decir de la celebración del Corpus de 1954: como todos los años, la Municipalidad colaboró en la preparación del acto, prestó los altoparlantes que se utilizaron en las inmediateces de la catedral y permitió que se colgaran en los postes del alumbrado público gallardetes diversos con las banderas nacionales y pontificias². Se sugiere de este modo que es necesario dejar a un lado las interpretaciones deterministas en la relación entre catolicismo y peronismo —sin duda, las más—, a fin de proponer una lectura que evite contrastes agudos entre los dos polos³. Ingreseemos, pues, en la zona gris.

En los años peronistas, de todas maneras, al catolicismo no le fue del todo bien: tras haber alcanzado un fuerte protagonismo en los años treinta, comenzó a notar cómo su buena estrella se iba apagando progresivamente. No porque Perón haya tenido la

¹ “Altamente emotivo fue el homenaje a San Pío X”, *El Pueblo* (en adelante, *EP*), 31/5/1954, p. 8.

² “Contornos de gran solemnidad tuvo la celebración del Corpus”, *EP*, 18/6/1954, p. 3.

³ Al respecto, véase MIRANDA LIDA, “Catolicismo y peronismo: debates, problemas, preguntas”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 27 (2005), pp. 139-148. En lo que respecta a la historiografía sobre el peronismo, y su normalización reciente, véase OMAR ACHA Y NICOLÁS QUIROGA, “La normalización del primer peronismo en la historiografía argentina reciente”, *EIAL*, 20-2, julio-diciembre de 2009.

intención premeditada de ponerle trabas a la Iglesia, o incluso de colisionar con ella; es necesario que nos despojemos de cualquier tipo de interpretación teleológica. Sin embargo, no pudo evitar que sus efectos se hicieran sentir, al punto de que llevaría a alterar el tono de las movilizaciones católicas de masas tal como hasta entonces se las conocía: tras la irrupción del peronismo, se volvió necesario dejar a un lado la reverencia y la solemnidad habituales en las procesiones y fiestas religiosas. Por contraste con tal aspecto ritual, el 17 de octubre encontró a las multitudes en pleno júbilo con sus pies en la fuente de la Plaza de Mayo, tal como las retrató una célebre foto. El peronismo se nutrió de un espíritu fuertemente carnavalesco que se caracterizaba por amenazar las jerarquías sociales tradicionales, difícil de conciliar con el orden y la rigidez de las fiestas católicas más tradicionales⁴. Las banderas y las consignas coreadas por las multitudes —ya no en el ceremonioso latín de la década de 1930, sino en un español a veces demasiado toscó— se volvieron contagiosas.

Pero no debe pensarse que el catolicismo haya permanecido por completo estancado durante los años peronistas. Lo que ocurrió fue que se vio sobrepasado por la enorme capacidad que demostró Perón para movilizar a las masas. A la luz del peronismo, cualquier esfuerzo realizado por los católicos parecía poca cosa. Lo cierto es que fueron muchos, sin embargo, tales esfuerzos. A mediados de la década del cuarenta, por ejemplo, la Iglesia intentó incorporar a la acción pastoral medios y técnicas modernas que procuraban llamar poderosamente la atención de los fieles y de la sociedad en su conjunto. Ya sea la utilización de una flota de camiones con acoplado que, debidamente acondicionados, hicieron las veces de librería, iglesia y sala de cine ambulantes (lanzada en 1949 e impulsada por los sacerdotes del Verbo Divino, la empresa se llamaba “Ven y ve” y se dispuso a ir de pueblo en pueblo por todo el país)⁵; ya sea la organización de novedosos desfiles de carrozas en ocasión de las fiestas patronales, donde cada asociación parroquial se hacía cargo de su decoración —no eran muy diferentes a los que se usarían en las fiestas peronistas, en los festejos del día de la primavera o en los concursos de belleza—⁶. Este tipo de atracciones procuraba captar la atención popular.

Asimismo, y en un afán por mostrarse tan enérgico —casi— como el propio Perón, el arzobispo Santiago Copello lanzó en 1946 su plan a diez años —era mucho más que un plan quinquenal— para llevar a cabo misiones religiosas en las parroquias de Buenos Aires, de tal modo que la Iglesia pudiera estar en condiciones de ofrecer una imagen de eficiencia en la administración eclesiástica⁷. Un muy vago aire de modernidad se colaba en la Iglesia. No obstante, a pesar del enorme esfuerzo realizado, a la larga la Iglesia se quedaría a la zaga. En los años peronistas, prevaleció una sensación de estancamiento que si bien no se condecía del todo con la realidad, el solo hecho de que existiera bastaba para hacer que el impacto del peronismo pareciera todavía más contundente.

Basta ver lo que ocurre con la presencia de los católicos en las calles para comprender el impacto del peronismo. Sólo allí donde éste supo adaptarse a las nuevas formas de hacer política que el peronismo trajo consigo, logró el catolicismo una presencia que no podía ser pasada por alto. El ejemplo más elocuente es el de la Juventud Obrera Católica (JOC), que alcanzó una visibilidad que no fue ignorada siquiera por la prensa de interés general. La revista *Qué* registró la novedad que implicó en agosto de 1946 la movilización de la JOC, en plena campaña en pos de la legalización de la enseñanza

⁴ En este sentido, EZEQUIEL ADAMOVSKY, *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*, Buenos Aires, Planeta, 2009, caps. 9 y 10.

⁵ Sobre esta experiencia véase *EP*, 22 de abril de 1949 p. 6 y 6 de septiembre de 1949, pp. 6-7.

⁶ Un ejemplo en *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires* (en adelante, *REABA*), 1947, pp. 700-701.

⁷ Véase *REABA*, 1946, pp. 533-534.

religiosa y en el marco del Congreso de la Juventud organizado por la Asociación de Jóvenes de la Acción Católica (AJAC) —la AJAC, junto con su publicación *Antorcha*, habría sido en los años cuarenta una de las organizaciones más dinámicas del catolicismo, según registro José Luis de Imaz en sus memorias⁸—. Ante el éxito de la movilización de la JOC, el diario católico *El Pueblo* tuvo que salir a declarar que entre los organizadores no había habido —como se dijo en algunos medios vinculados con el gobierno— ninguna intención de boicotear los festejos que el gobierno había organizado para el 17 de agosto, efeméride sanmartiniana muy importante en la liturgia peronista, puesto que la reunión de los jóvenes católicos había coincidido con esa fecha y se desarrolló entre los días 16 y 18 del mismo mes⁹.

En rigor de verdad, no hubo tal idea de boicot; no hubo tampoco ningún roce por la utilización del espacio público o el aprovechamiento de las fechas clave del calendario, sea político, sea religioso. De hecho, el propio Perón se terminó plegando a la movilización católica y se hizo presente en el acto de clausura del congreso de los jóvenes católicos, que tuvo lugar al día siguiente, el 18 de agosto. Se habló de una presencia de 40000 personas en el Congreso de la Juventud, con actos en el Luna Park y con movilizaciones en las calles céntricas en las que los jóvenes marchaban y cantaban desenfadadamente. Perón se presentó ante un público compuesto por varones jóvenes ante el cual hizo un gesto de complicidad que fue objeto de una ovación largamente celebrada. Tan sólo les guiñó el ojo dándoles su aprobación. El saldo fue una reacción embriagadora de los jóvenes que se apropiaron del reclamo católico en pos de la enseñanza religiosa y lo convirtieron en una poderosa consigna popular, coreada a mil voces: “el pueblo quiere una cosa / enseñanza religiosa”, se oía cantar¹⁰. Así, pues, Perón se convirtió en la estrella más vivada durante el Congreso de la Juventud de la Acción Católica. El acto católico terminó peronizándose gracias a la sola presencia del presidente y todo el magnetismo del que era capaz. El vínculo entre el movimiento católico y el peronismo parecía más sólido que nunca, y más si se tiene en cuenta que el espectáculo de ese día fue transmitido por la radio para su difusión en todo el país.

Pero no sólo se estaba peronizando aquel Congreso de la Juventud, sino todas las formas bajo las que el catolicismo se presentaba en la esfera pública. Donde mejor se ve esta transformación es en las formas adoptadas por la JOC para hacerse visible en las calles: de hecho, sus consignas, lenguajes y rituales se parecerían más a los del peronismo, que a los que la propia Iglesia venía desplegando desde los años precedentes. Lo que más llamaba la atención en torno a la JOC —compuesta en su mayor parte por jóvenes, de tal modo que era una asociación fuertemente masculina— era que los estribillos que se coreaban y las consignas que se utilizaban procuraban poner en evidencia la “virilidad” de quienes allí participaban, en contraste con la fuerte preponderancia femenina que había verificado el catolicismo en los años treinta. Fue una neta expresión de esa masculinidad la realización de una marcha de antorchas como la que se desplegó por las calles céntricas de Buenos Aires en esos mismos días de agosto de 1946. También en las movilizaciones peronistas, incluidas las de octubre de 1945, las antorchas gozaron de una importante presencia.

La JOC cantaba consignas pegadizas: “¡Por Cristo me rompo todo!”; “La JOC cual llama / se desparrama / con una fuerza fenomenal / Qué macanudo / ya no lo dudo / la JOC la patria conquistará”. Era éste un “nuevo lenguaje” para el catolicismo —así al menos lo calificó el semanario *Qué*—, más parecido al de la marcha peronista, o incluso

⁸ JOSÉ LUIS DE IMAZ, *Promediando los cuarenta (no pesa la mochila)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1977, p. 59.

⁹ Se habla de “sabotaje” en “Extraordinaria concurrencia”, *EP*, 17.8.1946, p. 3.

¹⁰ “Incontenible entusiasmo”, *EP*, 19.8.1946, p. 16.

al de la cancha de fútbol, que al de los muy piadosos himnos sagrados que se solían cantar en los años treinta¹¹. La solemnidad de antaño, la disciplinada marcha por detrás de tradicionales estandartes parroquiales y los monótonos cantos religiosos quedaron sustituidos en los grupos católicos juveniles más activos por el desenfado y el entusiasmo, bajo las banderas —muchas veces improvisadas— de la JOC. Su modo de apropiarse de la calle era algo completamente nuevo para el catolicismo. No obstante, cuando Copello tuvo que dar cuenta del fenómeno, lo interpretó bajo el añejo molde de los años treinta, como si nada hubiese cambiado desde entonces: “La ciudad que años atrás viera sus calles y sus plazas colmadas de una multitud imponente [...] hoy ve a esas mismas multitudes aumentadas”¹². Pero no eran ya *las mismas* multitudes, en rigor: no se podía ignorar el vendaval que representó el peronismo para la sociedad argentina. Habían cambiado las formas de apropiarse de la calle dejando a un lado el carácter fuertemente ritualizado de la movilización católica de los años treinta; habían cambiado los códigos con los cuales se hacía uso del espacio público. Incluso en el seno del catolicismo, entró en boga un estilo más desenfadado, en muchos sentidos más masculino, no muy distinto al de los “descamisados”.

Este mismo estilo puede también encontrárselo en el Congreso Mariano celebrado en Buenos Aires en octubre de 1946, cuando los jóvenes salieron a la calle marchando y cantando, rosario en mano, y de manera desordenada, consignas que invocaban a María. No había altoparlantes; tampoco había quien pautara los cantos desde un palco oficial; ni siquiera hubo comisarios de filas que aseguraran el orden, como solía ser habitual en la década de 1930¹³. Fue, según lo retrataría *Qué*, “una verdadera hazaña”¹⁴ por el modo en que los hombres se apropiaban de la calle en una movilización católica. Pero fue, también, una fiesta peronista. Aunque sólo fuera por la fecha que habían escogido para apropiarse de la calle: se hallaban en las vísperas de un nuevo 17 de octubre. En esos días se respiraba en la calle un clima de fiesta que hacía que el catolicismo lograra sumar más gente que de costumbre entre sus filas. Así, sin siquiera proponérselo, el Congreso Mariano preparó el ambiente para los festejos peronistas oficiales que se preparaban para el día siguiente.

El catolicismo —en especial sus más dinámicos grupos juveniles— se dejó empapar por el peronismo y el nuevo estilo político que éste había traído consigo en sus primeros años, sin duda los más febriles. En este marco, la enseñanza religiosa se volvió una consigna pegadiza, no muy diferente de las demás. Una vez transformada en cantito popular, la cuestión de la enseñanza religiosa no se reduce —como se dijo en la época, y se repitió mucho después— a una pura concesión que hizo Perón a la Iglesia para obtener su favor, o al menos una cierta connivencia tácita, en retribución por la pastoral que la Iglesia emitió pocos días antes de las elecciones del 24 de febrero de 1946, donde se pronunciaba tácitamente por Perón. De hecho, este tipo de pastorales tenía una larga tradición en la Iglesia Católica argentina y no debía tomar por sorpresa a quien conociera de cerca sus maneras habituales de proceder; no puede sobredimensionarse, pues, su alcance y su significado. Perón no ganó las elecciones gracias a la mera intervención de la Iglesia, que parece haber estado bien lejos de ser decisiva en el resultado electoral de 1946; es bastante difícil de imaginar que Perón se sintiera obligado a ella por el triunfo obtenido. Relativizaremos, pues, el argumento que pone

¹¹ “Esperanza y un nuevo lenguaje”, *Qué sucedió en 7 días*, 22.8.1946, pp. 32-33.

¹² La interpretación oficial en esta clave se lee en la *REABA*, 1946, p. 649.

¹³ Sobre estos aspectos de las movilizaciones de los años treinta, véase MIRANDA LIDA, “La Plaza de Mayo de los católicos, 1910-1944”, en MIRTA LOBATO (ed.), *Manifestaciones en la ciudad de Buenos Aires*, libro en prensa, 2011.

¹⁴ “A la calle a gritar su fe”, *Qué sucedió en 7 días*, 17.10.1946, pp. 32-33.

énfasis en una oscura connivencia entre la Iglesia y el poder político. Que la enseñanza religiosa no fue en 1947 el mero fruto de una conspiración urdida en bambalinas se constata a través de la presencia que esta reivindicación tuvo en las calles en las movilizaciones católicas de esos años, donde se la incorporó como consigna y bandera. Al darle su reconocimiento legal en 1947, Perón estaba tratando de atraer para sí a los jóvenes de la Acción Católica, de fuerte vitalidad en las calles: fue con ellos con quien Perón intentó congraciarse, antes que con el cardenal Copello. La enseñanza religiosa y su legalización es en este sentido un neto producto de la política de masas.

La enseñanza religiosa legalizada por Perón puede también ser incluida en el mismo universo de sentido en el que se inscribía todo el proceso de “democratización del bienestar”, en los términos de Juan Carlos Torre. En claro contraste con la enseñanza tradicional, juzgada elitista, de perfil enciclopedista a gusto de la “oligarquía” —según se decía casi como un latiguillo—, la enseñanza religiosa se colocaba por el contrario al alcance de todos¹⁵. (Y de hecho no faltó, entre los opositores al régimen, la crítica de que la política educativa peronista traería consigo un flagrante deterioro en la calidad de la enseñanza.) Podía contrastarse la enseñanza laica y oligárquica del pasado con la popular y católica que el peronismo quería ofrecerles a los ciudadanos de la “nueva Argentina”. Su legalización se parecía más a la nacionalización de los ferrocarriles, por su carácter plebiscitario, que a cualquier decreto episcopal. Llevaba implícita una caricaturización abusiva que oponía un oscuro pasado donde las oportunidades se abrían a sólo unos pocos, en contraste con un futuro dorado en el que todos tendrían acceso por igual a todos los beneficios posibles, contraste que solía ser habitual en la propaganda del régimen.

Y como solía ocurrir con las medidas más aplaudidas del gobierno, se la celebró plebiscitariamente. De hecho, el lugar decisivo para el juego político se hallaba en las calles, y no en el Parlamento. La ley de enseñanza religiosa de 1947 no fue una decisión secreta que se tomó a espaldas de la gente sino que, muy el contrario, se nutrió del calor de la calle, y en este sentido pudo declararse “democrática” y auténticamente popular: era algo que se hacía en nombre del pueblo. Una de las consignas que se cantó en la Plaza del Congreso mientras se votaba la ley de 1947 fue “Las escuelas son del pueblo / y el pueblo quiere a Dios”¹⁶. No fue, sin embargo, una decisión de carácter republicano: el Congreso jugó un papel insignificante en tanto que instancia deliberativa. La ley de enseñanza religiosa no se resolvió en medio de un gran debate de ideas en el Parlamento, como ocurrió con la ley 1420, pero sí gracias a una gran *mise en scène* en las calles. Fue un producto del estallido de la democracia de masas.

El “triumfo” católico de 1947 dejó como saldo un catolicismo satisfecho, pero al mismo tiempo demasiado expuesto a dejarse llevar por el estilo peronista, su desenfado y su actitud desafiante en el modo de apropiarse de las calles. Por momentos pendenciero, por momentos festivo y carnavalesco, empapó —sin querer— al catolicismo. No pudo éste sino confundirse, de ahí en más, con el peronismo. La liturgia católica se volvió subsidiaria de la liturgia peronista, según se verifica por el reiterado solapamiento en las fechas en las que en esos años se desplegó en las calles la movilización católica. Que a cualquier acto católico le siguiera a los pocos días otro peronista cinco veces mayor se volvió casi una constante, y poco ayudó para que el catolicismo remontara vuelo propio.

Veamos los hechos. Ya dijimos que el Congreso Mariano de 1946 se celebró en vísperas de un 17 de octubre; asimismo, la campaña emprendida por la Acción Católica

¹⁵ Las universidades y los institutos de “alta” cultura fueron objeto de chanzas y revanchas por parte de los protagonistas del 17 de octubre, como es bien sabido.

¹⁶ “Proporciones destacadas alcanzó el acto”, *EP*, 14.2.1947, p.1.

contra la Escuela Científica Basilio en 1950 tuvo lugar en las vísperas de otro 17 de octubre y sirvió más como antesala de la fiesta peronista que para darle mayores bríos al movimiento católico; el Congreso Eucarístico Nacional que se celebró en Rosario poco después del 17 de octubre de 1950 contó con la presencia de un Perón largamente ovacionado por el público, tras haberse arrodillado para orar, y tuvo más de fiesta peronista que de fiesta religiosa; la celebración de Corpus Christi solía coincidir todos los años con la fiesta cívica del 25 de Mayo, que era recurrentemente transformada en una fiesta peronista; algo parecido solía ocurrir con la misa que organizaban los Círculos de Obreros para el 1 de mayo, que quedaba opacada por las fiestas oficiales del día del trabajador; a su vez, la celebración en Buenos Aires del II Congreso Eucarístico Arquidiocesano en octubre de 1952 resultó casi inadvertida por coincidir con el 17 de octubre; y algo parecido ocurrió con la celebración del Día del Pontífice en los primeros días de julio de 1953, que quedó opacado por el impresionante desfile militar del día 9, con despliegue de aviación y de las demás fuerzas en la calle...

¿Y qué decir de lo que ocurría cada vez que Perón asistía a un acto religioso o se apropiaba de él, desviando la atención del público hacia su sola figura? Por ejemplo, en 1948 se celebraba —a fines de agosto, como era habitual— la fiesta de Santa Rosa de Lima, la patrona de la independencia de América. Perón la proclamó la “patrona de la independencia económica”¹⁷. La metamorfosis de la tradicional fiesta religiosa en fiesta peronista no había sido ni inocente ni espontánea. A tal punto fue adrede que se trasladó la fiesta de las calles lindantes de la basílica homónima, situada en Belgrano y Pasco, a la Avenida de Mayo y 9 de Julio, donde se instaló una escenografía efímera con un altar improvisado. Allí se desplegó la misa, el desfile militar correspondiente y se escuchó la palabra de Perón, que fue ovacionado por la multitud. La envergadura del acto excedió con creces a la que esa misma fiesta religiosa solía tener cuando se desplegaba en su tradicional escenario barrial. La estrella fue Perón y cualquier otra figura quedó por completo opacada. Incluso la imagen sagrada.

En este mismo sentido, lo más triste fue sin duda lo que le ocurrió al cardenal Copello: en julio de 1952 se le prepararon incontables homenajes porque cumpliría sus bodas sacerdotales que —se esperaba— colocarían por largos días al arzobispo en las tapas de los diarios y revistas, no sólo católicas. Pero Copello tuvo tanta mala suerte que sus festejos quedaron completamente deslucidos por el fallecimiento de Eva Perón que contó con los funerales más grandes de los que se tiene memoria en la historia argentina del siglo XX, con una vastísima movilización de gente. Y lo mismo le ocurrió con su onomástico celebrado el 26 de julio de 1953, justo un año después del fallecimiento de Evita.

En pocas palabras, las movilizaciones católicas en las calles, incluidos los pocos congresos eucarísticos habidos en los años peronistas, tendieron a quedar opacados por la grandiosidad de la liturgia puesta en escena por el gobierno, jalonada tanto por fiestas cívicas como por otras estrechamente vinculadas al régimen (en especial, el 9 de julio y el 17 de agosto, así como también el 1 de mayo, el 17 de octubre y más tarde el 26 de julio). Los actos solían incluir interminables desfiles de tropas de los diferentes cuerpos del ejército. Uno de los escenarios favoritos para este tipo de actos era la Avenida 9 de Julio. Todavía a medio construir puesto que no alcanzaba a cubrir ni la mitad del recorrido que tiene hoy en día, y casi sin tránsito vehicular, la Avenida era un sitio que gozaba de una perspectiva y un emplazamiento privilegiados en la ciudad.

Allí se desarrollaba, además, otro de los desfiles tradicionales de Buenos Aires que Perón también incluiría en la liturgia regular del régimen: la marcha de los reservistas.

¹⁷ “Solemnemente fue celebrado el Día de Acción de Gracias”, *EP*, 31.8.1948, p. 1.

El día del reservista —existía también un himno homónimo— solía celebrarse con un gran desfile masculino que sacaba a la calle grandes multitudes que marchaban a lo largo de la recientemente inaugurada Avenida. Desde fines de los años treinta, el día del reservista se festejaba a mediados de diciembre, pero a partir de 1950 se lo incorporó a las fiestas oficiales. En 1950 formó parte del ciclo de desfiles de agosto, cuando se celebró el centenario de San Martín; a partir de 1951 se incorporó alternativamente a los festejos patrios, ya sea del 25 de Mayo o del 9 de Julio. En estas fechas, los ex conscriptos —se trataba en última instancia de una convocatoria de la que participaba voluntariamente la sociedad civil y no la tropa— asistían con su birrete de los tiempos del servicio militar. En la prensa salían publicados en los días previos los croquis que indicaban donde debía ubicarse cada uno de los manifestantes, según el batallón o cuerpo militar en el que hubiera prestado sus servicios. Era un desfile netamente masculino, de aspecto marcial, que a partir de 1951 contó con la incorporación simultánea de un desfile femenino que marchaba, en paralelo, en largas filas organizadas al estilo militar. En este caso estaba a cargo de las Enfermeras de la Fundación Eva Perón que componían una columna tan prolija cuanto ordenada, además de pulcramente uniformada¹⁸. En 1954, este desfile se completó con la presencia de tanques y aviones que salieron a la calle a hacer exhibiciones ante una gran multitud que los aplaudía a su paso, mientras Juan Manuel Fangio, Juan Gálvez y otros corredores de coches hacían una exhibición de autos de carrera¹⁹.

Frente a tamaños espectáculos de masas, el catolicismo tenía cada vez menos que ofrecer. Había logrado sorprender a Buenos Aires en 1934 cuando organizó el largamente recordado Congreso Eucarístico Internacional, pero veinte años después esa fórmula se había vuelto una suerte de *déjà vu* y no tenía sentido intentar copiarla una vez más. Esto no auguraba, sin embargo, ninguna ruptura con el gobierno peronista. De hecho, la Iglesia ofrecía a primera vista la impresión de hallarse en buenos términos con el gobierno, a pesar de todo, y no había en ninguna parte síntomas que prefiguraran la tormenta que no tardaría en estallar.

De hecho, y casi sin excepción, el cardenal Copello asistió puntualmente a los actos oficiales: nunca faltó a las principales celebraciones, e incluso asistió a otras de carácter menor como el Día de la Reconquista que iba acompañado de *Te Deum*. Y Perón, por su parte, no se privaba de aparecer en las fiestas católicas, en especial si le brindaban la oportunidad de presentarse ante un público multitudinario. Así, por ejemplo, apadrinó la coronación de la imagen de la Virgen de Luján que tuvo lugar en Plaza de Mayo el 15 de noviembre de 1953. La aparición de los más prestigiosos monseñores en infinidad de actos oficiales a los que la sociedad parecía tan adicta jugó un papel central en el modo en que la gente percibía a las autoridades eclesiásticas y se relacionaba con ellas. Arzobispos y obispos eran figuras que lucían a la vista del público: se los reconocía por sus ropas y el séquito que los rodeaba. Por todo ello, y por la gran circulación de autoridades eclesiásticas y políticas en infinidad de actos públicos, todavía en 1954 habría sido muy difícil de predecir el desenlace fatal del conflicto que no tardaría en desatarse. El catolicismo y el peronismo podían por momentos converger y hablar lenguajes similares: de hecho, tanto la cuestión del nacionalismo como la de la justicia social parecían aproximarlos.

Problemas no faltaron de todas formas. Quizás por ese continuo solapamiento de la movilización católica y la peronista, el catolicismo no parecía capaz de demostrar la energía suficiente para sacar sus huestes a la calle, ante la fuerza arrolladora del peronismo. La Iglesia continuaría todavía atada, en gran medida, a la ritualidad de los

¹⁸ “Magnitud excepcional tuvieron los actos del Día del Reservista”, *EP*, 26.5.1951, p. 1.

¹⁹ “Emoción de patria en la jornada de ayer”, *EP*, 26.5.1954, p. 5.

años treinta. La mejor prueba de ello fue el acto que el 15 de noviembre de 1953 se celebró, con la asistencia conjunta de Perón y de Copello, para coronar en Plaza de Mayo la imagen de la Virgen de Luján —la misma que había sido utilizada en Buenos Aires en los fastos de 1934—²⁰. Aparentemente, nada nuevo había bajo el sol: fue más un acto oficial que una fiesta religiosa de auténtico fervor popular, tal como lo reflejó la prensa católica en esos días. Por cierto, no podemos pasar por alto que la prensa católica, que había alcanzado un cierto dinamismo en los años treinta, se estancó: entró en un franco declive desde los años de la Segunda Guerra Mundial, cuando los precios del papel se tornaron exorbitantes. Por todo ello, en el cuadro general que ofrecía la Iglesia argentina durante los años peronistas prevalecía por todo ello una relativa sensación de estancamiento. Por contraste, el peronismo —en especial, durante la primera presidencia de Perón— gozó de un dinamismo en muchos sentidos envidiable.

Pero en 1954 este dinamismo pareció detenerse de alguna manera. Ya pudo advertirse en ocasión del 9 de julio que algo estaba ocurriendo en el peronismo: el desfile de aviación, muy común en ese tipo de celebraciones, debió ser suspendido por mal tiempo y la fiesta cívica se desarrolló en la Plaza de Mayo, con menor capacidad para albergar gente que la explanada de la Avenida 9 de Julio, el enclave favorito para las grandes fiestas masivas del peronismo. Al diario católico *El Pueblo* no dejó de advertir la “menor grandiosidad” de este nuevo acto peronista, en comparación con los anteriores²¹. El desfile no había logrado impresionar. Fue quizás por ello que, unos meses después, en ocasión del 17 de octubre, Perón debió apelar a nuevos métodos —no muy ortodoxos, por cierto— para azuzar el entusiasmo de la concurrencia. En lugar de hacer despliegues cada vez más monumentales e imponentes, se limitó a fustigar a la oposición: zaherir al “enemigo” era un modo de despertar algún tipo de entusiasmo en la multitud. El procedimiento no tardó en mostrarse contraproducente: terminaría por llevarlo a una creciente soledad política.

Claro que las transformaciones sociales producidas en los años peronistas tienen mucho que ver con ello. Por un lado, se verificó una presión que pretendía ser casi absoluta en pos de una peronización de la sociedad, que no haría sino provocar una aguda sensación de asfixia²². Mientras tanto, sin embargo, la sociedad pudo descubrirse a sí misma como cada vez más resistente a esa presión tan intensa. La ampliación de las clases medias que había tenido lugar gracias a la bonanza de los primeros años peronistas permitió que más y más gente accediera a un mercado que ofrecía un abanico creciente de posibilidades de consumo. Comenzaba lentamente a introducirse el televisor, entre otros electrodomésticos (cocinas a gas, por ejemplo) que hacían la vida más muelle. Así, una sociedad que se asentaba y se aburguesaba —tanto es así que la familia obrera copiaba los modelos tradicionales de la clase media, según se ha advertido— resultaría mucho más difícil de sacudir y movilizar políticamente.

Este divorcio entre una sociedad que se transformaba en diversos planos, y una ritualidad cívica y religiosa que permanecía atada a unas formas que se volvían cada vez más anquilosadas, es una de las claves que proponemos para entender qué estaba ocurriendo con el peronismo y el catolicismo. De hecho, las novedades más interesantes en el seno del catolicismo de los primeros cincuenta no ocurrieron en las grandes celebraciones del catolicismo de masas, sino más bien a puertas cerradas, en los ámbitos privados del hogar. Se abandonaba un luto al estilo de “la casa de Bernarda

²⁰ “La coronación de una histórica imagen de la Virgen”, *EP*, 20.8.1953, p. 5.

²¹ “Con gran júbilo”, *EP*, 10.7.1954, p. 1.

²² SUSANA BIANCHI, *Catolicismo y peronismo. Religión y política en la Argentina 1943-1955*, Tandil, IEHS, 2001.

Alba” —en la lúcida comparación de Tulio Halperín Donghi²³—; se dejaban atrás las mantillas con las que las mujeres solían asistir al culto, tradicionalmente; se simplificaban las ceremonias y los ritos de pasaje, incluida la primera comunión para la cual ahora se recomendaba vestir con sencillez, sin desplegar el ritual acartonado de los años treinta. Una revista como *Para Ti*, que en manos de Constancio Vigil no puede ser reprochada de falta de ortodoxia, llamó la atención sobre estos y otros cambios que se estaban dando en la sensibilidad social, según ha mostrado Natalia Arce²⁴.

Y a estos cambios se sumaban otros más, tales como las novedades en materia de consumo que en los cincuenta se desplegarían entre las clases medias, simplificando las tareas domésticas, a tal punto que la escasez de personal doméstico podía ser salvada con heladeras, planchas eléctricas, lavarropas y otros tantos electrodomésticos más. También las muy modernas motonetas Lambretta (producidas localmente por la fábrica Siam) hablaban de una sociedad que se modernizaba. Y en un mismo sentido apuntaban las novedades que semana a semana se podían ver en los kioscos de diarios, desde las historietas y las novelas románticas, hasta las novedosas revistas de ciencia ficción.

La intensidad de los cambios en el consumo de las cada vez más amplias clases medias impactó tanto que incluso al propio diario católico *El Pueblo*, que en los años treinta era un aguerrido vocero del integrismo católico, le llegó la hora de modernizarse. Y lo hizo a tal punto, que dejó atrás los aires de cruzada que tan profundamente habían permeado sus páginas en las décadas precedentes. A partir de 1954, se procuró publicitar, distribuir y vender el diario apelando a los recursos más modernos: se compró una flota de camiones, se renovó la presentación de las noticias, se modernizó la publicidad y se preparó un relanzamiento del periódico. Súbitamente, el diario duplicó sus páginas (pasó de 8 a 16), incorporó abundantemente el uso de la fotografía e introdujo secciones fijas de crucigramas, historietas, folletín, una columna de modas y otra de cocina para la mujer, una sección de espectáculos lo más aséptica posible, sin afán moralizador. Apareció incluso una muy nutrida sección de deportes que los días lunes solía ser presentada en un suplemento de hasta ocho páginas. Parecía que el periódico volvía a sus mejores épocas y con el correr de los días y los meses, no hizo sino aumentar el número de páginas y el de anunciantes que ofrecían los más comunes bienes de consumo —entre ellos, se destacaba la fábrica Siam—²⁵.

Todo el lenguaje en clave de cruzada desaparecía por completo del diario para 1954, incluso antes de que estallara la tormenta con Perón, cuando todavía gobernaba la Iglesia Pío XII y nadie tenía en mente la posibilidad de un Concilio que atendiera la necesidad de renovar la Iglesia universal. ¿El “mito de la nación católica” estaba acaso erosionándose en las páginas de *El Pueblo*? Quizás sí, pero en cualquier caso no fue consecuencia de los debates intelectuales, teológicos o eclesiológicos en boga ya por los años cincuenta; ni siquiera se debió a un lejano influjo de la *nouvelle théologie*. Estas discusiones le resultaban al periódico por lo general bastante indiferentes; constituían una materia en la que no se sentía capacitado para opinar. La explicación en todo caso deberá ser buscada en la historia editorial del periódico, y no tanto en los

²³ TULIO HALPERÍN DONGHI, *Son memorias*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, p. 102.

²⁴ NATALIA GISELE ARCE, “Ni santos ni pecadores. Notas sobre catolicismo y vida cotidiana. Buenos Aires, décadas del cuarenta y cincuenta”, en MIRANDA LIDA y DIEGO MAURO (comps.) *Catolicismo y sociedad de masas en la Argentina (1900-1950)*, Prohistoria, 2009.

²⁵ En 1956, al recordar el proceso que culminó en la clausura, *El Pueblo* publicaba un artículo en el que señalaba que todo este crecimiento fue posible a pesar de que las cuotas oficiales sobre el papel continuaban acogotando a la prensa. “Quien proporcionaba el papel de manera subrepticia [...] era la Editorial Difusión. Las bobinas entraban por la puerta de la calle Herrera [sede de la Editorial] y salían por detrás. Allí esperaban camiones que llevaban el papel de la Editorial Difusión a la calle Piedras [sede de *El Pueblo*]”, *EP*, 9/12/1956, pp. 11-13.

ensayos de renovación intelectual cristiana. No fue una renovación en las ideas la que llevó a *El Pueblo* a abandonar el tono intransigente que había sabido llevar tan enfervorizadamente años atrás, sino el descubrimiento de que tal tono ya no le proporcionaba ningún beneficio redituable. Y esto era lo que contaba.

Incluso se modificó su manera de participar en las campañas que involucraban a los valores católicos más tradicionales. Podemos por ejemplo considerar su actitud ante la visita del predicador protestante Thomas Hicks que en 1954 atrajo multitudes ofreciendo curaciones milagrosas para los más diversos males. *El Pueblo* reaccionó con contundencia, pero no lo hizo con espíritu de cruzada; procuró guardar la moderación, aún sin ocultar su desdén por los prometidos milagros de Hicks, de los que desconfiaba. En lugar de denunciar la “penetración protestante”, que atentaría contra los más sólidos pilares de la *cit  catholique*, *El Pueblo* simplemente declaró que el verdadero problema en torno a Hicks era la “falta de rigor científico” en los “milagros” que decía lograr y se encargó de reclamar que interviniera el Estado para someter a una revisión médica a los “presuntos curados”²⁶. Incluso hizo encuestas entre las distintas confesiones protestantes, con el propósito de demostrar que no había ningún atisbo por parte del periódico de entablar una cruzada en nombre de la religión católica²⁷. Procuraba demostrar que era un periódico como cualquier otro, que podía hacer campaña sin espíritu de cruzada y tratar un tema tan delicado como el de Hicks sin recaer en una virulenta persecución religiosa²⁸. Nada de esto hubiera sido imaginable en los años treinta y cuarenta. Pero no simplemente había cambiado la política editorial del diario, sino que también cambió la sociedad a la que le iba destinado: se había vuelto más aburguesada y menos militante. Y a la vez, también menos peronista, en algún sentido, y quizás menos católica (en su sentido integrista, al menos).

Claro que esos cambios no fueron bien recibidos por los militantes —de cualquier bandera o color—. Salvando las distancias, la situación que se vivía recuerda el malestar que provocó en la Unión Soviética la implementación de la Nueva Política Económica que introdujo Lenin en 1921, luego de la cruda experiencia del así llamado “comunismo de guerra”. Para los más militantes, ese giro repentino representó una completa traición a los principios, puesto que no hacía sino alentar el aburguesamiento de la sociedad y el abandono del ímpetu revolucionario. Algo similar habría ocurrido con el peronismo, desde el momento en que este se encargó de generalizar los estereotipos y las aspiraciones de consumo de las clases medias a los más vastos sectores sociales. Todo ello llevaba a la creciente desmovilización e indiferencia políticas de la sociedad. Se podría argüir que la sociedad se fue volviendo crecientemente indiferente hacia el peronismo, sus rituales y su propaganda monocorde. Pero, de todas maneras, no se había vuelto todavía masivamente antiperonista.

El peronismo, que se había construido sobre la base de una intensa movilización de las masas, llevó a que esas mismas masas encontraran cada vez menos incentivos para movilizarse. Tanto es así que en 1954 Perón se vio obligado a azuzar a sus partidarios con formas y lenguajes que tendían a radicalizarse cada vez más. Si el entusiasmo hubiera sido más elocuente por parte de sus seguidores; si la liturgia peronista hubiera logrado conservar algo de la adhesión sincera, quizás espontánea, de sus primeros

²⁶ “El curanderismo en Buenos Aires”, *EP*, 24.5.1954, p. 3; “Mr. Hicks se niega a recibir al cronista de *El Pueblo*”, *EP*, 25.5.1954, p. 3.

²⁷ “Tampoco los adventistas están con Mister Hicks”, *EP*, 6 de junio de 1954, p. 3.

²⁸ No quiere decir que no haya habido quien denunciara, en las páginas de *El Pueblo*, una invasión de sectas protestantes. Así el caso de Ángel Centeno, columnista que publicó más de una nota de opinión en las páginas tanto de *El Pueblo* como de otras publicaciones como *Criterio*, *Estudios* y la *Revista de Teología*. Pero estas contribuciones eran a título personal; el periódico, en cambio, se ciñó a exigir que el Estado garantizara que los milagros de Hicks eran ciertos, y no estaba engañando a la opinión pública.

tiempos cuando el 17 de octubre era vivido festivamente, y no puramente como un ritual o una escenografía que tenía algo de artificial, Perón no habría tenido —quizás— tanta necesidad de extremar su manera de hacer política. Cada vez más, tuvo la necesidad de gestos violentos para sacudir a sus huestes de la indolencia en la que habían parecido caer.

Y por su parte, también los católicos más “duros” consideraban que los cambios ocurridos en la Argentina peronista habían traído consigo un mayor hedonismo e indiferencia. Las actitudes del hombre y la mujer corrientes llevaron a que algunos jóvenes cada vez más radicalizados —desencantados por el aburguesamiento de las mayorías— tomaran en este contexto medidas drásticas ante los estrenos cinematográficos juzgados indecentes. Desde hacía décadas las películas eran objeto de la tutela moral por parte de la Iglesia. A partir de 1931, esta tarea la desempeñó la Acción Católica, fiscalizando no sólo los films —tarea de la que también se ocuparía el Estado— sino además los cortos de propaganda y los números vivos, que estaban por fuera del control oficial²⁹. Ahora bien, en los tempranos años cincuenta cambiaron las formas y los lenguajes con que se desarrollaron estas campañas moralizadoras. No se trataba simplemente de emitir un juicio y publicarlo en la prensa, sino de ir al choque y provocar incidentes violentos en las salas de cine cada vez que se estrenaba una película considerada inadmisibles³⁰. Era necesario sacudir al católico común y corriente de su indiferencia y aburguesamiento.

Por ello, cuando Perón azuzó al catolicismo, la situación no pudo ser domeñada siquiera por el arzobispo, que intentó por todos los medios de apaciguar las tensiones. El gesto conciliador de Copello para con el gobierno no fue bien recibido, sin embargo, por un puñado de militantes católicos que habían llegado a hacer suya esa cultura política que —a imagen y semejanza de lo que ocurría entre los peronistas más exaltados— era capaz de admitir la violencia. Católicos militantes juzgaron que Copello era un “blando”: se lo creía demasiado condescendiente con Perón, casi un traidor. En este contexto, el diario *El Pueblo* fue motivo de elogios por parte de los católicos más militantes, por haberse atrevido a publicar en primera plana —lo cual constituía toda una provocación— la foto de la multitud que asistió a Plaza de Mayo para la celebración de la clausura del Año Mariano el 8 de diciembre de 1954. “Se la había jugado”, interpretó Florencio Arnaudo y comenzó a descubrirse a sí mismo como un ardiente antiperonista, dispuesto incluso a tomar las armas³¹. Esta actitud belicista se parece a las propias bravuconadas del peronismo. El duelo que acababa de comenzar entre el catolicismo y el peronismo obligó a tomar posición a los que hasta ahora habían preferido guardar una actitud indiferente. La batalla se inició, primero, a través de una campaña de panfletos elaborados caseramente, con el objeto de ridiculizar al gobierno. Los panfletos se ocupaban de mofarse de Perón en lenguajes de lo más popular —coplas, tonadas, canciones, tangos y consignas— que reflejaban hasta qué punto el humor prevaleciente en la sociedad había verificado un gran vuelco³². La gran prensa estaba ya por entonces completamente controlada desde arriba por el gobierno, pero

²⁹ En 1954, el diario *El Pueblo* llevó adelante una larga campaña en pos de la calificación moral de los números vivos y los cortos publicitarios. Si bien tenía un tufo tradicionalista y moralizador, cabe destacar que el interlocutor de esta campaña fue el Estado, y no la Acción Católica. “El éxito de una campaña moralizadora”, *EP*, 22.7.1954, p. 7.

³⁰ Un caso muy sonado en “En torno a recientes desórdenes aclara la ACA”, *EP*, 26.5.1952, p. 1.

³¹ FLORENCIO ARNAUDO, *El año en que quemaron las iglesias*, Buenos Aires, 1995, pp. 24-25.

³² FÉLIX LAFIANDRA (H.), *Los panfletos. Su aporte a la Revolución Libertadora*, Buenos Aires, Itinerarium, 1955. Un análisis al respecto en JOSÉ ANTONIO ZANCA, *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad 1955-1966*, Buenos Aires, FCE-Universidad de San Andrés, 2006.

éste no pudo impedir que desde abajo surgiera la insurrección. La amenaza era inocente, a primera vista; el desenlace, fatal.

Y continuó con la concurrencia a una muy modesta procesión de Corpus Christi que casi espontáneamente, y sin haber sido preparada por ninguna campaña publicitaria, se convirtió en el caldo de cultivo que llevaría a la caída de Perón. La prohibición oficial de realizar la procesión en la calle hizo, cual boomerang, que resultara mucho más significativa de lo que sin duda habría sido en circunstancias más “normales”. Pero no había ya nada que resultara “normal” en esos últimos tramos del gobierno de Perón. Cuando los ánimos están caldeados, hasta los gestos más nimios se saturan de significación.

La espontaneidad con la que se puso en marcha el Corpus fue su nota más característica y, quizás, también la más revulsiva para un régimen que, luego de años en el poder, había sabido orquestar las movilizaciones sociales, la propaganda y cualquier otro aspecto de la vida social. Aquel gesto herético y desenfadado que Daniel James había registrado en la movilización del 17 de octubre de 1945 hacía rato había sido dejado a un lado por el vasto despliegue de la ritualidad peronista, plagada de gigantomanía³³. Contra esto precisamente se reaccionó en la celebración de Corpus Christi de 1955. El mismo desenfado del 45 reapareció, sorpresivamente, en las movilizaciones de la Revolución Libertadora, que derrocaron a Perón³⁴.

El desenlace es bien conocido y no podemos aquí detenernos a narrar la crónica de los hechos una vez más. Procuramos solamente mostrar a lo largo de estas páginas que no había nada necesario en el estallido del conflicto entre la Iglesia y el peronismo y que en la relación entre ambos términos prevalecieron desde el inicio los grises, en lugar de las contraposiciones tajantes, las opciones excluyentes. Ni por definición, ni por esencia ni siquiera por los respectivos intereses que defendían, la Iglesia y el peronismo estuvieron de antemano destinados a colisionar.

³³ Acerca de los rituales y la propaganda peronista, véase MARIANO PLOTKIN, *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1945-1955)*, Buenos Aires, Ariel, 1993; MARCELA GENÉ, *Un mundo feliz. Imágenes de los trabajadores en el primer peronismo, 1946-1955*, Buenos Aires, FCE-Universidad de San Andrés, 2005

³⁴ MARÍA ESTELA SPINELLI, "La 'otra multitud'. Las movilizaciones antiperonistas durante la Libertadora", *Desarrollo Económico*, 172 (enero- marzo 2004), pp. 609-635.